

Un hecho urbano en medio de vicisitudes

Imagen y memoria de la transformación urbana de San Victorino

SANDRA JINNETH SABOGAL BERNAL
Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Artes, Bogotá, 2013,
164 págs., il.

EL LIBRO de Sandra Jinneth Sabogal Bernal se ofrece al público como una importante pieza de la historia urbana de Bogotá, en un momento en el que la ciudad, con el peligro de afectar su memoria, se enfrenta a grandes renovaciones.

En la introducción, Sabogal Bernal define de manera precisa los límites de su investigación y su pregunta acerca de la permanencia en el tiempo de San Victorino, sector urbano de Bogotá. Además, aborda su estudio a partir de tres variables: los hechos históricos del país y la ciudad, que relaciona con los del sector de estudio. Con ello, da cuenta de sus dinámicas y rupturas y de las representaciones sociales que han permitido su permanencia y su consolidación en el tiempo; esas mismas representaciones que hablan de los modos en los que la sociedad se ha apropiado de esos hechos y les ha dado una nueva significación.

A partir de lo anterior, la autora recorre la historia y la transformación urbana de San Victorino a través de cuatro periodos, correspondientes a los cuatro capítulos del libro. En la investigación, recurre a fuentes primarias como documentos de archivo, encuestas, planimetría y fotografía, y a fuentes secundarias. Con estas últimas, orienta su estudio tanto a partir de autores clásicos de la teoría de la ciudad (Aldo Rossi, Kevin Lynch y Carlo Aymonimo), como de estudiosos de la historia del país, de la ciudad y del sector mismo. La conjunción de ambas fuentes da riqueza y rigor a la investigación.

El primer capítulo abarca el período comprendido entre 1578 y 1900. La autora se refiere en esas páginas a la fundación de San Victorino, a los rasgos iniciales de su trazado urbano, al modo como se consolidó en la Colonia y a lo que hizo para

enfrentar las primeras décadas de la Independencia. Enfatiza en la manera en que desde entonces presentó algunos rasgos que hoy conserva. Uno de ellos, su nacimiento en el borde del río San Francisco. Esto introdujo variaciones en su trazado ortogonal e hizo de él un lugar de abastecimiento de agua, ya que allí se construyó una de las pilas de la ciudad.

San Victorino se localizó en el borde noroccidental de Santafé. Eso lo distinguió como puerta de entrada a la ciudad, con vocación de terminal de transporte, y como lugar de intercambio comercial. Además, le garantizó un papel protagónico durante los hechos de la Independencia. Al examinar la estructura urbana, Sabogal Bernal resalta la relación entre la geografía atravesada por el río San Francisco y el trazado ortogonal que se quiere implantar, con plaza e iglesia y algunos equipamientos. Señala las dinámicas derivadas de los varios eventos históricos y geográficos y las representaciones sociales. Estas últimas, a partir de revisar a José María Cordovez Moure, que se refiere a San Victorino como “puerto seco” y realza su carácter comercial; y a Cantini, que habla de algunas de sus características urbanas.

El segundo capítulo examina el período 1900-1948. San Victorino se ve ahora como un componente del centro histórico, como un barrio de la ciudad expuesto a las vicisitudes de la conformación del país luego de la Independencia. Entre ellas, las pestes de fin de siglo y la Guerra de los Mil Días, pero también, la venta del Canal de Panamá y el despegue de la economía del café.

Aquí, se muestran el auge del lugar y las nuevas significaciones que alcanza con las conmemoraciones del centenario de la Independencia: sus calles toman nominativos relacionados con la festividad y se corrobora su vocación original de lugar de ingreso al centro histórico, en especial, con la ampliación de la Avenida Colón, que lo comunica con la Estación de la Sabana y además le da un impulso para el desarrollo de un comercio popular de mercancías nacionales y extranjeras.

Con todos esos sucesos, la Plaza de Nariño se convierte en parqueadero público. Con la ampliación de las

avenidas Caracas y Jiménez y con la presencia del tranvía y de los trolebuses, el sector logra una mayor conexión con el resto de la ciudad. Para esta época, San Victorino cuenta con acueducto, con el primer edificio de energía eléctrica de la ciudad y con varios edificios de lenguaje moderno que se ocupan con oficinas y comercio y sustituyen las antiguas construcciones coloniales y republicanas. San Victorino es muestra del empuje modernizador de la ciudad, interrumpido con los eventos del 9 de abril de 1948, cuando las multitudes enardecidas incendian una gran parte de sus edificaciones.

La violencia política que se genera en el país a partir de ese acontecimiento redunda en el desplazamiento de numerosas personas del campo, que quedan sin recursos. Muchas de ellas se establecen en el sector. Sandra Sabogal trabaja las representaciones sociales urbanas del período apoyada en escritos de Arturo Alape, Alberto Lleras Camargo y Guillermo Wiesner, quienes resaltan el carácter de San Victorino como plaza conmemorativa, puerta de ingreso a Bogotá, lugar de desarrollo urbano y escenario de muchos automóviles, muestra de su modernización y su consolidación como sector comercial.

En el tercer capítulo, Sabogal Bernal estudia lo sucedido entre los años 1948 y 1981, y define a San Victorino como una centralidad urbana con dinámicas propias, caracterizadas por un crecimiento del comercio popular, en la que se combina el carácter de terminal de transporte del sector. En su descripción, señala eventos relacionados con la reconstrucción y cambios en la ciudad, como el cambio de lugar del Mercado Central y la ampliación de la calle 10, que da límites al sector y lo define, precisamente, como una centralidad. La aparición de vendedores ambulantes hace que la Alcaldía de la época construya una galería comercial en la Plaza de Nariño. Si bien replica los grandes almacenes, la galería es singular por el carácter popular del comercio que allí se produce y por ser lugar de abastecimiento y de terminal de transporte.

La autora se refiere en este aparte a los cambios en la estructura predial, englobes y subdivisiones y a la aparición de usos informales e ilegales del

suelo, sobre los que no existió ningún control. Las representaciones sociales que logra dibujar se basan nuevamente en trabajos de Arturo Alape y Guillermo Wiesner, aunque también de otros autores. Ellos definen San Victorino como sector social, pero también como sector de miedo, debido a sitios como la Calle del Cartucho, habitada por habitantes de la calle y vendedores ilegales.

El cuarto capítulo abarca desde 1981 hasta hoy y en él, nombra a San Victorino como un “espacio lúdico y de comercio”. Además, examina las afectaciones que sobre él han tenido las grandes renovaciones urbanas de la ciudad, tendientes a la conformación de espacio público y de patrimonio: la Construcción del Terminal de Transporte por fuera del sector, la demolición de la Calle del Cartucho, convertida en lugar de comercio ilegal y de drogas, para construir el Parque Tercer Milenio, y la recuperación de la Plaza de Nariño como espacio público para eventos lúdicos y culturales.

La autora señala en esta última parte del libro, que es una época de construcción de grandes locales y bodegas, destinadas a un comercio popular de textiles, ferreterías, cacharrerías y otras mercancías o negocios, pero también, de configuración de espacio público, con fines cívicos, conmemorativos y culturales. Sabogal Bernal se refiere a estos hechos como positivos para el sector, pero no indaga en lo que significó el desplazamiento de los pobladores. Más bien, enfatiza en lo que el San Victorino recupera como espacios para la conmemoración, la cultura y el esparcimiento.

En este capítulo se detiene con detalle en la estructura predial y morfológica del sector, en el lenguaje arquitectónico de algunas de sus edificaciones, en las transformaciones del sistema vial y de transporte, entre las que figuran la ampliación de la calle sexta y la incursión del sistema de transporte masivo Transmilenio.

Con respecto a las representaciones sociales, Susana Sabogal se refiere a San Victorino como uno de los territorios del miedo, en palabras de Soledad Murcia, lo relaciona con la suciedad, la falta de iluminación y la presencia de indigentes o mendigos. En contraste, según sondeos hechos a

comerciantes, estos hacen ver que la renovación de la Plaza de Nariño trajo un aire renovador. Podría decirse que en el sector se conjugan el comercio popular y la publicidad, con el miedo, que no termina de alejarse.

El libro concluye comparando los últimos tres períodos estudiados y los efectos de lo sucedido en esos años en los sistemas urbanos, el de movilidad, el predial y el tejido social, la ocupación y el uso.

Este libro, escrito de una manera clara y por lo tanto accesible para un público amplio, se convierte en una referencia importante del tema de Bogotá, de su centro histórico, sus transformaciones y patrimonio, no solo en relación con la estructura física de la ciudad, sino con respecto a las prácticas urbanas y a la memoria que ella encierra. *Imagen y memoria de la transformación urbana de San Victorino* nos acerca a una historia de grandes transformaciones, pero también de permanencias que se suceden en medio de destrucciones y resurgimientos.

Beatriz García Moreno